



Cátedra Libre  
India Siglo XXI



# Ser mujer en la India

Rowena Hill

**U**na nota breve sobre la situación de las mujeres en la India sólo puede ser un grito de indignación. En todo el año se ha escuchado en las calles de las ciudades grandes y pequeñas del país ese grito en boca de millones de hombres y mujeres enfurecidos por la horrenda y mortal violación de una joven mujer en un autobús en Nueva Delhi, a la cual siguieron otras atrocidades más graves (si en esta esfera caben las comparaciones) porque se ha tratado de menores, de niñas hasta de cinco años.

Por un lado hay que reconocer que las grandes protestas surgen porque se trata de una mujer de cierta posición social, clase media baja, en un ambiente urbano donde se difunden rápidamente noticias e imágenes, mientras todos los días suceden en los pueblos y en los campos violaciones que pasan prácticamente desapercibidas (según una estadística confiable, cada veinte minutos una mujer es violada en la India); pero también es innegable que la situación de la mujer en India se está agudizando. Está enfrentando un grado de agresividad y violencia hasta ahora insólito.

Desde la antigüedad se pretende que la mujer en India se someta a la dominación del hombre y siempre se la considera inferior psíquica y moralmente. En las grandes épicas y los cuentos que se originan en siglos anteriores a la era cristiana y que se cuentan todavía hoy en día, se retrata como “buena” cuando es esposa ejemplar, totalmente entregada al servicio del marido, sin vida fuera de él, y “mala”, muchas veces demoníaca, cuando representa la desfachatez y la tentación que se le atribuyen como características. Como ejemplos pongamos entre las dignas a Parvati, esposa del dios Shiva, que espera paciente miles de años que el marido vuelva de sus andanzas, y entre las malvadas a Surpanika, hermana del demonio Ravana; ya feísima, luego es desfigurada (le cortan la nariz) como castigo por haber tratado de seducir a Rama, el supuesto hombre perfecto.

Estas figuraciones transparentan por supuesto el miedo que tiene el hombre de la carnalidad. Hay filones de la vastísima cultura india donde se celebra lo sensual, pero ha dominado en toda su historia el rechazo del mundo de los sentidos a favor del recogimiento interior y de las aspiraciones espirituales. La mujer, para su desgracia, ha sido parte de lo rechazado, identificada con la bajeza instintiva y admitida a un lugar claro en la vida de la sociedad sólo en cuanto obedece totalmente a las leyes opresivas y represivas de los hombres. La expresión más notoria —y nefasta— de ese despotismo son las leyes de Manu (probablemente del siglo III a.C.), donde se puede leer, por ejemplo: “Es de la naturaleza de las mujeres seducir a los hombres en este mundo; por esa razón los sabios nunca se descuidan en compañía de las hembras”, y eso incluye la madre, la hija o la hermana. A la mujer “bajo ninguna circunstancia se le permite afirmarse independientemente”, sino que obedecerá sumisa siempre al padre, al marido o (como viuda) al hijo, bajo pena de castigos atroces como renacer del útero de una chacal.

Sólo hay espacio en esta nota para enumerar algunos de los aspectos del trato de la mujer que han perdurado a través de los siglos desde esa época y en muchos casos hasta hoy.

La “ley” que impone a la mujer considerar a su marido como un dios influye todavía en la psiquis de las muchachas criadas en familias tradicionales. Que el marido merezca tal adoración o siquiera algo de respeto carece de importancia.

La “sati”, la costumbre de la autoinmolación de la mujer en la pira del marido, usual durante siglos, afortunadamente hoy en día es prohibida por la ley. El destino de las viudas que no morían era deshumano; tenían que raparse la cabeza, vestir de sari blanco y sin adornos, vivir arrinconadas y hasta comer sobras. Aunque hoy en día las viudas entre las clases privilegiadas y occidentalizadas reciben un trato mucho mejor y algunas se vuelven a casar, persiste en general un rechazo en su contra.





Los hombres que enviudan, y aquí estamos hablando de la actualidad, buscarán otra esposa que les sirva de concubina y cocinera, sin intención de compartir con ella otros aspectos de su vida o intimidad. Si son personas de cierta posición social, siempre habrá familias dispuestas a entregarles sus hijas, por el estatus reflejado y porque la ley religiosa exige que los padres casen a sus hijas. En las familias pobres esto lleva a veces a que una muchacha sea casada también con el marido de su hermana.

Esta obligación, y casar a la hija implica también proveerle de una dote que disminuirá considerablemente los recursos de la familia (costumbre prohibida ya por ley pero todavía ubicua), es probablemente la razón principal de la preferencia por los hijos varones (otra razón importante es de naturaleza religiosa: sólo los varones pueden cumplir los ritos para sus padres cuando éstos mueren). A las hijas durante su infancia y hasta que salen de la casa paterna se les hace sentir su inferioridad.

En esta época de la amniocentesis, se aborta un alto porcentaje de fetos hembras; la población de la India se está distorsionando en el sentido de un exceso de hombres, lo que parece constituir una de las razones de su agresividad exacerbada: saben o presienten que nunca van a poder canalizar sus deseos sexuales según establece la tradición, en el matrimonio, y roban donde pueden su satisfacción. Influye también que muchísimos hombres identifican como prostitutas, y por eso presa lícita, a las mujeres que visten y se portan de manera no tradicional.

Miremos el campo y la vida específicamente de campesinos y pobres. Desde siempre el dueño de tierras, y sus hijos varones, se han considerado con el derecho de abusar sexualmente de todas las mujeres que allí trabajan, vírgenes o casadas. Los hombres que protestan por el abuso pueden perder la vida o al menos ser alejados de sus hogares.

En el caso de las dalits, las mujeres pertenecientes al estrato social antes llamado 'intocable', tan al fondo de la escala que ni siquiera se les reconoce una casta, los abusos se hacen todavía más severos. Nadie protestará si son violadas y maltratadas. En algunos pueblos el mandamás designa a una muchacha dalit para que sirva de desahogo para todos los hombres de casta, justificándolo como medida de higiene social. Afortunadamente las organizaciones dalit, bastante fuertes y conscientes, están logrando que este tipo de prácticas reciban la condena que merecen.

No se puede pasar por alto la crueldad de algunas mujeres hacia sus "hermanas", o porque se identifican con los intereses de los hombres o porque están pasando a una próxima generación los maltratos y las frustraciones que ellas mismas han sufrido, seguramente las dos cosas. Hubo mujeres dispuestas a echar la culpa de la violación en Delhi a la muchacha, por no acatar las reglas de comportamiento tradicionales, por salir de noche con un novio, convirtiéndose en provocación a la lujuria.

Va sin decir que una enorme cantidad de hombres, seguramente la mayoría, veía el incidente en esos términos. La misma policía está muy a menudo (y a pesar de esfuerzos recientes de reeducación) del lado del violador, al menos ve su crimen como algo leve y natural. Es excepcional que una mujer desafíe la desaprobación social y las acusaciones de ser ella la culpable, e insista que se castigue a su violador.

Dijimos al inicio que la situación de agresividad hacia la mujer se ha acentuado. Además de la presión de la sobrepoblación, que ya mencionamos, resulta evidente que los hombres se sienten retados, amenazados, por los cambios en la sociedad india que dan a las mujeres más movilidad y posibilidades de independencia económica, intensificados por supuesto por los movimientos, numerosos y eficaces, por la concientización y "potenciamiento" de la mujer. El hombre siente que está perdiendo toda su ventaja, su privilegio, su dominio, su misma identidad, y se apoya en la tradición social y religiosa para sentirse justificado en su resentimiento y sus reacciones violentas.

Según conceptos del eco-feminismo, la identificación de la mujer con la tierra, no tanto simbólicamente sino de manera real por su rol como campesina y protectora de las selvas, es otra posible causa del ensañamiento del hombre contra ella: la ve como obstáculo al "desarrollo" industrial-capitalista con el cual se identifica, aunque en realidad no puede ni podrá participar en sus ganancias.

De todos modos, lo cierto es que justo cuando parecía que la mujer en India estaba logrando una mayor independencia y la libertad de buscar sus propias realizaciones, tiene que enfrentar un nuevo o repotenciado empuje de agresión en su contra, que busca castigarla, reprimirla de nuevo. Ninguna "explicación" puede justificar el horror del comportamiento de los hombres que la amenazan y abusan, la bajeza de su lujuria y su crueldad.

Es igualmente cierto que las mujeres no van a permitir que esos hombres logren su cometido. Solas o pertenecientes a alguna de las tantas organizaciones que luchan por sus derechos y su seguridad, se defienden con claridad y valor.